

Las Bienaventuranzas

Mateo y Lucas relatan las Bienaventuranzas con pequeñas variaciones, según el énfasis que dan a su mensaje:

- Mateo las presenta como actitudes positivas de los discípulos de Jesús. Su relato es más largo que el de Lucas, y es conocido como el “Sermón de la montaña” (Mt 5, 1-12).
- Lucas las presenta para alentar a quienes sufren injusticias, las sitúa en una llanura y coloca a continuación varios jayes! que denuncian la falta de vivirlas (Lc 6, 20-26).

Las Bienaventuranzas revelan el estilo de vida de Jesús y los primeros frutos de la vivencia del Reino de Dios. Ellas canalizan la alegría da seguir a Jesús, como expresa Pablo a las primeras comunidades: “Alégrese siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrese. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca” (Fil 4, 4-5).

Las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo y describen su caridad; expresan la vocación de los fieles asociados a la gloria de su Pasión y de su Resurrección; iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana; son promesas paradójicas que sostienen la esperanza en las tribulaciones; anuncian a los discípulos las bendiciones y las recompensas ya incoadas; quedan inauguradas en la vida de la Virgen María y de todos los santos.²



En la Biblia, la palabra bienaventuranza (makários, en griego) significa **“una gran bendición” o “ser afortunado”**; suele traducirse como: “feliz”, “dichoso”, “bienaventurado” o “glorioso”. En general, asociamos estas palabras con los relatos de Mateo y Lucas; sin embargo, este término griego se utiliza con frecuencia en el Nuevo Testamento.

Jesús usa el término makários para referirse a sus seguidores (Mt 11, 6; 16, 17; Jn 13, 17; 20, 29), a las personas que cumplen lo que Dios le pide (24, 46) y a quienes son generosas con los pobres, sin esperar nada a cambio (Lc 14, 14-15). También se utiliza para expresar una gran alegría como la de Isabel en el saludo a María (1, 45) y para elogiar a una persona bendecida por Dios (11, 28). Las cartas hablan de cómo encontrar la verdadera felicidad utilizando este término: actuando por convicción (Rom 14, 22); superando la tentación (Sant 1, 12); practicando los mandamientos de Dios (Sant 1, 25); escuchando la Palabra (Ap 1, 3), entregando la vida por causa del Señor (14, 13).

La felicidad de la que nos habla la Escritura es profunda y duradera. Jesús proclama que, al responder al amor de Dios aun en situaciones dolorosas o problemáticas, descubrimos su rostro, lo sentimos cerca y nos fortalecemos, lo que conlleva una felicidad muy grande que inunda nuestra vida entera. Los seguidores de Jesús nunca estamos solos; ésta es la gran diferencia entre vivir como discípulos misioneros o hacerlo como cualquier persona que no conoce al Maestro ni se relaciona con él como amigo.

Cada versión de la Sagrada Escritura presenta las Bienaventuranzas con conceptos ligeramente distintos, debido a que diferentes traductores han profundizado en el significado original del texto con ayudas lingüísticas, que se han sofisticado a lo largo del tiempo. Además, cada uno utiliza la terminología propia de su cultura. Este documento utiliza la versión del texto bíblico, El libro del pueblo de Dios, que acerca al lector, de manera fidedigna, a la intención de sus autores bíblicos, con un vocabulario comprensible para las culturas latinoamericanas.

Las Bienaventuranzas descubren la meta de la existencia humana, el fin último de toda persona: Dios nos llama a la felicidad de vivir en plena comunión con él y con nuestros hermanos. Niños, jóvenes y adultos, tenemos esta vocación a nivel personal; además, la felicidad es componente esencial de nuestra vida como Iglesia, el pueblo nuevo que acogió la promesa del Redentor y vive su fe como miembro del cuerpo de Cristo activo en la historia. Cada Bienaventuranza y todas ellas juntas, nos muestran cómo hacer presente el Reino de Dios a nuestro alrededor y así construir la Civilización del Amor. Al adoptar el estilo de vida, los criterios y los valores del Maestro como parte esencial de la vida diaria, damos testimonio de Jesús, vivo y activo en nosotros, quien transforma todo cuanto nos rodea.

EL MENSAJE TRANSFORMADOR DE CADA BIENAVENTURANZA Y LAS ACTITUDES Y CONDUCTAS PARA HACERLA VIDA

En esta parte centramos la mirada en cómo vivir cada Bienaventuranza. Al igual que toda Palabra de Dios, las Bienaventuranzas tienen el poder de transformar el mal en bien; la tristeza en gozo; la angustia en paz; el odio en amor... La acción del Espíritu Santo siempre es actual, una fuerza interior en quienes se abren a él y se disponen a ser discípulos misioneros en su aquí y ahora.

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.”

—Mateo 5, 3

En esta Bienaventuranza, Mateo y Lucas enfatizan distintos aspectos de la pobreza:

Mateo habla sobre los que “tienen alma de pobres” (5, 3), lo que no significa querer ser pobres, aunque el desapego a las riquezas es uno de los grandes valores del Evangelio. Quien vive las primicias del Reino de Dios y trata de extenderlo en su ambiente, está siempre sediento de Dios y de responder a su amor; se esfuerza por ser mejor; lucha día a día para superarse; persevera en la oración y en la práctica de las virtudes... A todas estas personas está dirigida esta Bienaventuranza.

Lucas enfatiza “¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!” (6, 20). Se refiere a una necesidad básica de la vida humana y asegura a quien la padece que el establecimiento del Reino de Dios es privilegiadamente para ellos. Dios se preocupa del ser humano en su integridad como persona.

En ambos casos, la pobreza acerca a Dios y predispone a vivir en comunión con él y a hacer su voluntad. Ser pobre en espíritu es reconocer que todo lo que tenemos es regalo de Dios: nuestra existencia, familia, salud, talentos...; el sol, el agua, la luz y la noche...; la situación en que vivimos, rodeados de personas diferentes, con nuestros ideales y necesidades... La Virgen María, con su “sí” a Dios para la encarnación de su Hijo en ella y su cántico del Magníficat, muestra claramente lo que significa vivir esta Bienaventuranza (Lc 1, 26-56).

Los pobres de espíritu son felices en su completa dependencia de Dios; encuentran la alegría y la seguridad en su cuidado amoroso y en la Divina Providencia. Saben que todos los dones que han recibido —salud, habilidad para escuchar, talento artístico, paz interior, posibilidad de amar, educación, tendencia natural al servicio, alegría innata— vienen con una seria obligación de compartirlos con los menos afortunados y con quienes tienen dones diferentes a los suyos.

A las personas que abundan en riqueza, talentos, belleza..., sus dones les fueron dados para fines nobles: trabajar por la justicia social y la paz; velar por los necesitados y los que sufren... Aquéllas que tienen dones que no se identifican con los valores del mundo, en quienes Dios se volcó llenándolas de cariño e interés por los demás, de un ansia por conocer la verdad y destreza para expresarla, de habilidad para facilitar la reconciliación, de una alegría que contagia, de una sencillez en su manera de ver la vida..., también los deben compartir y desarrollar. Toda persona es capaz de crear la Civilización del Amor.

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.”

—Mateo 5, 4

Podemos llorar la pérdida de muchas cosas: los amigos que mueren, las oportunidades que dejamos pasar y nuestros “tesoros” extraviados o robados. Quienes lloran por no tener este tipo

de cosas, no son a quienes Jesús llama bienaventurados; él está hablando de los que lloran a causa de la maldad.

Deberíamos llorar nuestros pecados y el daño que causan en la vida de los demás. Hay que lamentar y reparar los frutos de nuestra crueldad consciente e inconsciente; también, hay que afligirse ante nuestra autocomplacencia, mal humor y las heridas que provocamos cuando nuestras pasiones nublan nuestro juicio y hacemos lo que no debemos.

Si no estamos de luto por nuestros pecados, solo puede ser porque hemos perdido de vista a Jesús. Cuando mantenemos nuestra mirada en él y su Evangelio, podemos identificar claramente cualquier desviación en nuestro caminar. Pero si no tenemos nuestra vida centrada en Jesús, nuestros pecados no nos molestan.

De igual manera habría que llorar la presencia del mal en el mundo —la injusticia, la crueldad, la violencia, la codicia, la opresión...—. Es fácil acostumbrarse a los males sociales, por ser frecuentes en el mundo que nos rodea. No lloramos porque no nos preocupamos lo suficiente sobre las consecuencias humanas del mal. Jesús nos dice que los que lloran son bienaventurados porque son fieles al Evangelio, no han sido vencidos por el mal y están decididos a vencerlo con el bien (Rom 12, 21). Ellos son bendecidos porque no han dejado que su conciencia sea nublada por los males que los rodean. No han cerrado sus oídos al clamor de los pobres.

Así como llora Jesús la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11, 35), también lo hace ante los signos de muerte entre los jóvenes que ama y siente sus amigos. Su actitud frente a sus situaciones personales no es de indiferencia, al contrario lo conmueven profundamente (v. 33); cuanto pasa en el mundo juvenil toca a diario el corazón del Maestro: la drogadicción, el alcoholismo, la falta de sentido, el facilismo..., son las muertes que aquejan a los jóvenes y mucho más al corazón del Señor.

También lloró Jesús ante la destrucción de Jerusalén (Lc 19, 41-44); igual llora hoy al ver una sociedad marcada por el consumismo, el placer desmedido, el individualismo, lo superfluo y la violencia..., que destruyen la comunidad al crear mundos unipersonales, donde no importa el mal ni duelen los sufrimientos de los demás.

¿Cómo seremos consolados o confortados? La palabra confort viene del latín confortare que significa, “fortalecer”, “hacer más fuerte”. Los que lloran el mal en su interior y en la sociedad, son fortalecidos por las batallas que libran contra él. Unidos a Cristo para establecer el Reino de Dios en la tierra, son bendecidos por ello.

No se puede llorar por el mal, sin sensibilizarnos por cuanto pasa. Para ser consolados es necesario que el Señor transforme nuestro corazón de piedra en corazón de carne (Ez 36, 26). Algunos hemos olvidado cómo expresar sentimientos, necesitamos conversión interior para poder volcarnos hacia los demás; no basta ser buenos servidores a nivel religioso, si somos indiferentes al dolor humano y a las necesidades que encontramos a diario; sin ir tan lejos, en nuestra familia, con nuestros vecinos, amigos y compañeros de escuela o trabajo.

“Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra.”

—Mateo 5, 5

La paciencia bíblica va ligada a la misericordia, la fortaleza y la esperanza. La raíz griega de paciencia significa “tener temperamento largo” y su raíz en latín, “poder soportar contratiempos y dificultades para conseguir un bien mayor”. Ser pacientes implica tolerancia ante el pecado de los demás, sin tratar de pagar con la misma moneda; supone perseverar en el discipulado de Jesús, aunque tengamos que reorientar nuestro caminar y levantarnos de nuestras caídas con frecuencia. Incluye una espera activa —que nada tiene que ver con la pasividad— para que se cumpla el plan de Dios en nuestra historia personal y de la humanidad. Sus antítesis son la ira, la desesperación.

Desde el principio de la historia de salvación, Dios ha mostrado su paciencia como uno de sus atributos más fuertes. Justo después de que el pueblo había hecho su alianza con él, cuando lo traicionó adorando al becerro de oro, el Señor se reveló a Moisés diciéndole: “El Señor es un Dios compasivo y misericordioso, lento para enojarse y pródigo en amor y fidelidad” (Ex 34, 6). El libro entero de Job es un tributo a la paciencia de un hombre fiel a Dios que no podía comprender los males que le aquejaban.

Jesús manifiesta una paciencia extraordinaria y por eso asegura que quien la vive experimenta una felicidad profunda y sabe que lo mismo sucederá a sus discípulos. Jesús denuncia fuertemente el pecado, pero es sumamente misericordioso con el pecador arrepentido; tiene una gran fortaleza para cumplir su misión en medio de incomprendiones, indiferencia y traiciones; mantiene una esperanza sin límite de que al hacer la voluntad de su Padre y enviar a su Espíritu, estaba instaurando el Reino de Dios en la tierra y alcanzando la vida eterna para la humanidad.

En otras versiones de la Biblia, esta Bienaventuranza hace referencia a la “mansedumbre” en lugar de la “paciencia”. De hecho, ser “manso de corazón” tiene una connotación similar y complementaria a ser “paciente”, que significa aceptar con docilidad los designios de Dios, sin desesperarse. Ser manso no implica debilidad ni falta de carácter y personalidad, sino lo contrario: una fortaleza interior sólida que nace al depender de Dios y abrir nuestra mente y nuestro corazón a lo que nos dice y nos pide por medio de su Palabra. Esta fortaleza mantiene viva la esperanza a pesar de que los signos más visibles no hagan evidentes los frutos que uno desea ver.

La paciencia o mansedumbre es uno de los dones del Espíritu Santo (Gal 5, 22-25), y un rasgo de una personalidad madura. Se adquiere conforme se aprende a saber sufrir y a tolerar contrariedades y adversidades con fortaleza; se forja a través de las injusticias de la vida y en tiempos difíciles que hay que enfrentar con entereza. Va de la mano con la paz interior y con la perseverancia, al vivir el Evangelio, aunque no se vean los frutos inmediatos de nuestras acciones. Varias cartas exhortan a los discípulos a ejercitar la paciencia de distintas maneras: Heb 6, 12; Sant 5, 7-11; Ef 4, 2.

La gran herencia de Dios a la paciencia es la tierra nueva, el gozo pleno de su presencia en la vida eterna. Su legado para nuestra jornada actual es la vivencia de su Reino en el ambiente en que vivimos y en el amplio horizonte del mundo cibernético.

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.”

—Mateo 5, 6

Mateo y Lucas presentan esta Bienaventuranza con un matiz distinto:

En Mateo, Jesús proclama: “Felices los que tienen hambre y sed de justicia” (5, 6). Enfatiza el deseo fuerte, el anhelo profundo, la sed insatisfecha de la realización de los planes salvíficos de Dios. En este caso, HAMBRE Y SED son una metáfora que expresa la búsqueda de Dios, haciendo eco a varios pasajes del Antiguo Testamento: “El hombre no vive solamente de pan, sino de todo lo que sale de la boca del Señor” (Dt 8, 3); “Vendrán días —oráculo del Señor— en que enviaré hambre sobre el país, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de escuchar la palabra de Dios” (Am 8, 11); “Mi alma tiene sed de Dios, del Dios viviente: ¿Cuándo iré a contemplar el rostro de Dios?” (Sal 42, 3).

En Lucas, Jesús afirma: “¡Felices ustedes, los que ahora tienen hambre, porque serán saciados!” (6, 21). Su mensaje se refiere a los hambrientos, a los pobres que no tienen qué comer ni los medios para procurarse el pan necesario; son bienaventurados, porque Dios actúa de modo especial ante sus necesidades por medio de Jesús, haciendo eco al Salmo 41: “Feliz el que se ocupa del débil y del pobre: el Señor lo librá en el momento de peligro” (v. 2).

Todos tenemos necesidades básicas que satisfacer para tener vida. En la dimensión física: comer, hidratarnos y dormir; en el área psicológica: autoestima y seguridad en sí mismo/a; en la vida espiritual: amor y justicia de Dios, las cuales están íntimamente unidas. Mateo se centra en este último aspecto, refiriéndose varias veces a la “justicia” de Dios en su Sermón de la montaña.

La justicia cristiana va más allá de la judía. Se refiere a la acción salvífica de Dios por medio de Cristo, quien crea una sociedad nueva basada en el amor, haciendo “justas” a las personas al capacitarlas para vivir en comunión con él y con sus semejantes: “Les aseguro que si la justicia de ustedes no es superior a la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los Cielos” (Mt 5, 20). Se trata de compartir con los demás el amor misericordioso y liberador de Dios; no de un incremento de prácticas religiosas ni de llevar cargas espirituales pesadas.

La ley judía decía, “amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo” (Mt 5, 43); hay que superar la ley judía con la ley del amor. Jesús dice: “Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores” (v. 44). No basta con no matar, Jesús pide no irritar a los hermanos ni encolerizarse, insultar o maldecir al prójimo (vv. 21-22). Dios no ama solo a los buenos y a los justos, sino también a los malos y a los injustos (v. 45). Por eso, Pablo enfatiza que el amor es la plenitud de la Ley (Rm 13, 10; Gal 5, 14).

Tener hambre y sed de justicia es desear y buscar realizar la voluntad de Dios manifestada en Cristo. Fue en solidaridad con los pecadores, con todos nosotros, que Jesús se bautizó antes de

iniciar su misión y así lo especificó a Juan el Bautista: “Déjame hacer esto, porque conviene que así cumplamos todo lo que es justo” (Mt 3, 15), y entonces el Espíritu de Dios descendió sobre él, revelando el amor y la predilección del Padre por el Hijo (v. 17).

Hacer la voluntad de Dios Padre fue siempre la meta de Jesús. Su justicia consistió en realizar la voluntad del Padre, movido y dinamizado por el Espíritu Santo, que es amor (Jn 4, 34; 6, 38; 8, 29); esto no fue fácil y lo llevó a la muerte. En su infancia, en las tentaciones que sufrió en el desierto (Mt 4,1-11) y durante sus tres años de ministerio, hasta su resurrección, Jesús fue conducido por el Espíritu, hasta ser resucitado por el Padre (Rm 8, 11). Vivir como Jesús la justicia de Dios, es la esencia de esta Bienaventuranza. .

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.”

—Mateo 5, 7

Dios mostró su misericordia hacia la humanidad sufriente, desde el inicio de su revelación, cuando respondió al clamor de los israelitas en Egipto “Yo he visto la opresión de mi pueblo[...], y he oído los gritos de dolor[...], conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo” (Ex 3, 7-8). Es la actitud de quien presta atención o está pendiente de alguien (vio, oyó) porque le importa, lo ama y quiere hacer lo posible por liberarlo de su dolor. Dios no es un espectador lejano, sino que conoce el sufrimiento humano, sabe sus causas y está consciente de sus efectos.

Es el Dios de la vida, que está en todo momento con sus hijos, que se hace presente en medio de su pueblo, suscitando sus sentimientos de misericordia en el corazón de sus servidores, como sucedió en el Antiguo Testamento con Moisés, Elías, David, Isaías... La expresión máxima de esa misericordia es Jesús, quien pide a sus discípulos que sean igual de misericordiosos que él.

El concepto de misericordia en la Sagrada Escritura expresa el apego de una persona a otra, desde lo más profundo de sus entrañas, y se refiere a un amor tierno y fiel que genera piedad hacia el otro. Es un sentimiento instintivo e intencional, a la vez, que conlleva compasión, amabilidad, ternura, autenticidad, lealtad, fidelidad y un actuar liberador.

Ser misericordioso significa actuar en favor de otros, tomar partido por el necesitado, el desvalido, el pecador. No basta con sentir compasión por la gente. Un corazón misericordioso lleva a actuar, haciéndonos corresponsables de la construcción del Reino de Dios en las diversas realidades de la vida, generando transformaciones pequeñas o grandes, como signo de nuestra conversión en la búsqueda activa del bien común y del cuidado especial de los más vulnerables, según los valores del Evangelio.

El Padre nuestro tiene una clara invitación a este tipo de amor respecto al pecador.

Parafraseándolo, para que su mensaje sea más claro para nosotros, dice: En la medida en que perdonamos a quienes nos ofenden, nuestro Padre Celestial nos perdona (Mt 6, 12). El amor

desinteresado y la compasión por los demás aumentan nuestra capacidad para recibir más bendiciones del Señor. Cuando somos misericordiosos y compasivos, salimos de nuestro egocentrismo y somos felices. Dios nos llena de su misericordia y nos mueve a compartirla con los demás, llenando los corazones que se han abierto para recibirla.

Hoy Jesús nos invita a hacernos parte integral de la historia de salvación, a ser las manos y pies a través de los que actúa. Su Espíritu inspira en nosotros estos sentimientos, respetando nuestra libertad de decir “sí” como María y actuar según el corazón de Dios.

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.”

—Mateo 5, 8

En el corazón pasa algo similar a lo que sucede con las personas que usan lentes y ven el mundo muy distinto cuando los olvidan o se ensucian. Solo si orientamos el corazón desde el amor, tenemos la sensibilidad para ver a las personas y las realidades sociales con la misma mirada que Jesús. Si el interés vital va por otro lado, nuestra visión del mundo puede distorsionarse, podemos perder el norte en nuestra jornada como cristianos.

En la cultura y la religión israelita, la pureza era una disposición ritual requerida para entrar en contacto con el mundo de lo sagrado. Los profetas, portavoces de Dios, proclaman que lo que separa de Dios es el pecado o impureza espiritual, no la falta de pureza ritual (Is 1, 15; 29, 13; Jer 7, 21) y que solo Dios puede purificar el corazón (Ez 36, 25).

Jesús señaló con firmeza que la única pureza es la interior (Mc 7, 14-23) y afirmó a sus discípulos que Dios ya los había purificado gracias a su Palabra hecha carne (Jn 13, 10; 15, 3). Las enseñanzas de los Apóstoles son radicales: Juan señala que hemos sido purificados del pecado por la sangre de Cristo (1 Jn 1, 7-9). Pablo declara que para el cristiano “nada es impuro” (Rom 14, 14); su purificación se realiza en el bautismo y deriva su eficacia de la muerte de Jesús por el perdón de los pecados (Ef 5, 26).

Para Jesús, están limpios quienes buscan a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todo su espíritu (Mt 22, 37), los que están comprometidos en buscar primero el Reino y su justicia (Mt 6, 33). Los puros de corazón ven el poder y la belleza de Dios en el mundo creado para ellos; en la providencia amorosa de Dios; en todos los acontecimientos de la vida, sean agradables o dolorosos; en Dios encarnado en el prójimo...

El cristiano debe purificarse para santificarse (2 Cor 7, 1), pues el amor brota de un corazón puro, una buena conciencia y una fe sincera (1 Tim 1, 5). Esto es lo que conduce al culto nuevo en el Espíritu y al encuentro con Cristo.

Tener un corazón puro implica saber reconocer nuestros pecados, arrepentirnos de ellos, pedir perdón y restaurar el mal hecho. Nos lleva a implorar la ayuda del Espíritu Santo para que aclare nuestra mente y nos ayude a salir de nuestras actitudes egoístas. Esto nos permite reconocer la presencia de Dios en nuestra vida, siempre nueva, transformadora y eficaz para proclamar la Buena Nueva.

La pureza de corazón nos permite ver en el prójimo el rostro de Dios que muestra su amor, clama justicia y promueve siempre la paz. Gracias a su presencia activa en nuestra vida, las realidades de nuestra existencia que en ocasiones aparecen desoladoras y complejas, se vuelven más llevaderas y un poco más amables, como sucedió con los discípulos alrededor del Maestro. Al ver a Jesús en nuestro prójimo, lo encontramos a él (Mt 25, 40) y al reconocerlo, vemos al Padre (Jn 14, 9).

“Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”

—Mateo 5, 9

En la Sagrada Escritura y en la cultura judía, el término en hebreo para designar la paz es SHALOM. Este término es muy rico en su significado y es considerado por el pueblo de Israel como el don más grande que Dios les dio. Es una bendición que genera bienestar, felicidad, salud, paz, libertad y justicia. Abarca mucho más que la sola ausencia de conflictos y guerras.

La paz siempre va de la mano de la justicia, vista desde la perspectiva de la virtud moral del comportamiento humano que consiste en dar a cada persona lo que le corresponde, y de la justicia de Dios. Esto implica integridad en el actuar, según los mandamientos divinos, defendiendo la causa del pobre y el débil, y responde al llamado a la conversión dejando atrás el egoísmo y el egocentrismo.

Jesús nos enseña que la justicia se logra al obedecer los mandamientos de Dios, que tienen al centro su nuevo mandamiento del amor (Mt 5, 17 – 6, 18; Jn 13, 34). Revela que Dios derrama con generosidad su justicia, un don que se alcanza por la fe y la humildad, y que coincide con su misericordia.

La inestabilidad política y social surge de la injusticia, ya sea real o percibida. La paz, por el contrario, es fruto de la justicia, cuando todos los miembros de una sociedad reciben lo que les es debido. Algo similar sucede en nuestra vida personal; cuando nuestras relaciones están animadas por la comunicación, confianza y respeto mutuo, estamos en paz con nosotros mismos y con quienes nos rodean.

Quienes trabajan por la paz traen paz a los demás. Como no se puede dar a otro lo que no se posee, el Señor bendice a sus seguidores con la paz, para que la comuniquen a quienes tienen necesidad de ella. Cuando Jesús envía a sus discípulos en su primer viaje misionero, les dice: “Al entrar en la casa, salúdenla invocando la paz sobre ella. Si esa casa lo merece, que la paz descienda sobre ella; pero si es indigna, que esa paz vuelva a ustedes” (Mt 10, 12-13).

La paz que trae el Señor nunca se pierde. Nuestros esfuerzos pueden terminar en un fracaso aparente, pero sabemos que Dios no juzga nuestro trabajo por su éxito, sino por nuestros esfuerzos honestos para lograr el Reino de Dios en la tierra: un Reino de justicia, paz y amor. Cuando nos abrimos a su amor y correspondemos a él, nadie puede quitarnos la paz y el gozo interior que da el saberse sus hijos y sus colaboradores en su obra de salvación.

En la familia, entre las amistades, en la escuela y el trabajo, ¡urgan promotores de la paz! En estos ambientes, muchas veces la paz se logra aminorando las tensiones, buscando soluciones creativas a problemas que generan controversias amargas que pueden terminar en rompimiento de las relaciones armónicas entre la gente. Capacitarse psicológica y espiritualmente para ser mediadores, es una noble tarea para los líderes jóvenes y cualquier persona cristiana. Utilizar los dones que el Espíritu Santo nos da para fomentar la armonía, lograr la unidad en la diversidad, el perdón mutuo..., son maneras de vivir esta Bienaventuranza y ayudar a que otros la vivan.

“Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos.”

—Mateo 5, 10

En las Bienaventuranzas anteriores hablamos sobre la justicia de Dios, como misericordia ante el pecado, y sobre la justicia social, como necesaria en la construcción del Reino de Dios, en las relaciones interpersonales y en distintas dimensiones de vida de la sociedad. En ambos casos, la justicia es una gracia que se vive desde la fe, en la medida en que cada quien recibe estos dones y responde a ellos con generosidad. De ahí la importancia de la Nueva Evangelización, de proclamar el mensaje de Jesús y fomentar la fe, para que cada día haya más jóvenes que conozcan y amen a Jesús y se conviertan en sus discípulos misioneros.

Cuando sufrimos persecución por causa de la justicia, nos volvemos más fuertes, nuestro compromiso con Cristo adquiere mayor solidez y podemos ser profetas de esperanza en nuestro ambiente. La intensidad y la fidelidad a nuestra vocación y misión cristianas, vienen del Espíritu Santo que habita en nosotros, nos fortalece en las pruebas y llena nuestro corazón con sus dones para que podamos dar frutos de “amor, alegría y paz, magnanimidad, afabilidad, bondad y confianza, mansedumbre y temperancia” (Gal 5, 22-23).

Esta Bienaventuranza es tan importante, que Mateo dedica otros dos versículos para enfatizarla y ampliarla:

Felices ustedes, cuando son insultados y perseguidos, y cuando se los calumnia en toda forma a causa de mí. Alégrese y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo; de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron (Mt 5.11-12).

Nuestro bautismo en la vida, muerte y resurrección de Jesús, nos llama a ser profetas que luchan por la justicia en el ambiente en que vivimos: en la familia, la escuela, el trabajo, así como en las dimensiones culturales, socioeconómicas y políticas de la vida. Otras personas pueden burlarse de

nosotros, levantar falsos testimonios e incluso perseguirnos por nuestras prioridades cristianas, pero Jesús nos da el don del Espíritu Santo para guiar nuestras decisiones y mantenernos firmes en nuestras acciones, tanto en asuntos grandes como pequeños.

Esta invitación tan fuerte a practicar la justicia implica reconocer la dignidad de hijos de Dios en todas las personas, y junto con ellos construir la Civilización del Amor, pensando en el bien común, con una opción preferencial por los pobres y marginados. Con frecuencia esto significa: ir contra corriente; desafiar los antivalores del Evangelio; promover el mensaje de Jesús; llevar un estilo de vida que dé testimonio de nuestra fe, y enfrentar los desafíos con el poder que proviene del Espíritu Santo.

No se trata de hacer méritos para obtener el Reino de los Cielos, pues Cristo lo obtuvo para nosotros, sino de hacerlo presente en nuestro ambiente y, en el proceso, gozar y promover los frutos del Espíritu Santo en nuestra jornada en la tierra. Por eso, como asegura esta Bienaventuranza, las infamias y la persecución por causa de Cristo generan felicidad.

Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa será grande en los cielos.

Nosotros, los cristianos, tenemos todavía algo más que a Moisés y a los profetas. Alguien ha regresado de esas esferas eternas donde los hombres no vuelven. El hijo de Dios se hizo hombre para compartir su filiación divina. Toda su predicación estuvo orientada hacia esta vida nueva y eterna otorgada a los que creyeran en Él. A los escépticos que lo intimaban a que suministrase las pruebas de lo que afirmaba, les respondió que no daría de ello más que una sola. Él mismo pasaría por la muerte y regresaría vivo con esta Vida de la cual haría participar a los hombres regenerados.

Los acontecimientos se produjeron tal y como los había Él anunciado. **Nuestra fe, observadlo, no descansa sobre unas teorías, sino sobre unos hechos históricos. Y el hecho capital es la resurrección de Jesús.** Sus apóstoles empezaron por apartar la realidad de tal prodigio. Vacilaron y dudaron. Finalmente, ante las repetidas apariciones del Salvador, a ellos mismos y a otros -en una ocasión estaban reunidos más de quinientos hermanos-, se rindieron a la evidencia. Y desde entonces proclamaron hasta su muerte aquello de lo cual habían sido testigos. “Nosotros lo hemos visto con nuestros ojos, tocado con nuestras manos; nosotros hemos vivido y comido con Él, después de su resurrección de entre los muertos”. En vano se usó de amenazas para que se callasen, pues replicaban: “nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído”. Pero tanto Pablo como los demás apóstoles dedujeron las consecuencias del triunfo de Jesús sobre la muerte. **Su resurrección es la prueba suprema de su divinidad y, por tanto, de la verdad de su doctrina; y además implica la certidumbre de nuestra propia resurrección.** Así como las primicias

son el testimonio de la futura cosecha, la victoria de los cristianos se haya contenida en la victoria de Jesús .

